

casa se ve tomada por los perros, siniestros y constantes. Desde la llegada de Virginia, los perros han sido expulsados de la habitación del físico, en la que solían dormir, y ahora se rebelan oscuramente contra esa aplacación de sus poderes. En este estadio de la novela, Juan García Ponce insiste en que la realidad perdurable de los perros, de ese mundo huraño que permanece fuera del amor de los amantes, y que ellos quisieran negar, debe asumirse para que el amor llegue hasta sus límites extremos. Porque definitivamente el amor requiere de la complicidad con el mundo opaco que todos llevamos, que creemos alimentar en secreto y que en secreto nos devora.

Pero la novela conoce todavía un círculo más profundo: Virginia abre las puertas de la alcoba, de ese último espacio privado del amor en el que el físico ha sido incapaz de poseerla sin ausencias a pesar de "la violenta procacidad corporal" con la que ella se le entrega, "perdidos en una noche de los sentidos que era toda claridad", y desde ese momento el relato puede ser cualquier cosa.

Foucault afirma en *Las palabras y las cosas* que "el pensamiento moderno avanza en esta dirección en la que lo Otro del hombre debe convertirse en lo mismo de él". Lo otro del físico es Virginia y es él mismo, y su lucha es hacer posible la aparición de lo inasible, de aquello que, como leemos en la última página, "es nuestro más allá de nosotros".

Por eso *La vida perdurable* es en gran medida un relato acerca del espacio: un intento de rendir esa distancia que hay, no ya únicamente entre nosotros y la persona amada, sino entre nosotros y nosotros mismos. No se trata ya de atrapar una presencia lejana, sino de ceder el paso a esa presencia inmediata, que nos quema, que permanece aferrada inseparablemente a nuestro yo. Tampoco se trata, como en *El libro*, de la necesidad de acallar un vacío, sino de la imposibilidad de silenciar una plenitud.

Formalmente, una de las cualidades indiscutibles de la novela es que va transformándose, va llegando a ser página por página, y sólo adquiere su significado total en la última frase: la verdadera lectura empieza cuando cerramos el libro, que constituye, entre otras cosas, una memorable lección de rigor estilístico.

García Ponce maneja sus instrumentos de un modo impecable. En su prosa todo tiene su lugar y su sentido: lo mismo lo que se dice que lo que se calla. En un espléndido contrapunto, el autor ha sabido atrapar un relato siniestro con un estilo limpio y medurado. Aunque de exaltada perfección, se trata en el fondo de un estilo furtivo, silencioso. Pero este silencio llega precedido de un lenguaje, y le pone cerco a una serie de realidades que van brotando conforme esa voluntad de callar se estrecha. Es un silencio que dice.

De esta manera, Juan García Ponce ha perdido la oscuridad de todo un mundo y nos ha dejado a las puertas abiertas de otro. En ese momento, él se detiene. Lo que de ahora en adelante penetra por esas puertas es ya por cuenta y riesgo del lector.

diálogo

diálogo con gerardo de la torre autor de ensayo general

por Humberto Musacchio

Si bien la mayoría de nuestros escritores jóvenes se ha significado por exponer los problemas de una pequeña burguesía en aparente expansión, hay otros, muy pocos, que toman su materia prima de estratos menos representativos para ese mundillo de rock, drogas y sexo mal digerido. Sin negar la importancia que tengan esos temas, es evidente que la gran literatura de nuestro momento, la mejor literatura que hagan los jóvenes de esta generación —que vivió y murió en Tlatelolco— habrá de recoger ese México que quisieron conocer en 1968.

La primera obra de tal corte, por desgracia o por ventura, no vino de un escritor con antecedentes universitarios. *Ensayo general*, obra que trata algunos problemas de la clase obrera; que mira la vida agónica de las vecindades capitalinas; que habla de la empleadita de ilusiones deshechas por la sociedad; que habla, en fin, de la corrupción en este país, pone en el centro a dos amigos que en medio de toda esa basura lucharán por realizarse.

El autor es Gerardo de la Torre, conocido por la publicación de cuentos en algunas revistas culturales y su inclusión en la antología realizada por Xorge del Campo y Margo Glantz, donde presentaba dos relatos que, pese a defectos evidentes, mostraban las enormes posibilidades que tenía de convertirse en un escritor a secas y abandonar la posición de aspirante donde los colocaba el adjetivo —que no sustantivo— de *jóvenes* que se iniciaban en las letras.

Gerardo publicó por ahí un reducido volumen, también de cuentos, bajo el título de *El otro diluvio*. No tuvo mayor éxito porque para quienes siguen la huella de los no consagrados era de esperarse algo más definitivo. Ahora, sin afirmar que su novela sea una obra maestra, está la presencia de un hombre que con mucha seriedad ha entendido la vocación literaria.

La parquedad de su producción no ha impedido los reconocimientos. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores hace dos o tres años; Margo Glantz, a propósito del cuento que da nombre al volumen citado, señala que alcanza "la precisión y la cuadratura de un cuento de Arreola o Borges conservando características personales"; Seymour Menton lo menciona en *El cuento hispanoamericano*, celebrada antología que no tiene paralelo hasta hoy.

Antes dijimos que no se trata de una persona con antecedentes universitarios. El autor tiene muchos años trabajando como obrero en la refinería de Azcapotzalco,

donde es mecánico. Ese contacto con trabajadores de carne y hueso, con su existencia ruda, con sus debilidades y con sus luchas, le permite como a nadie interiorizar al lector en problemas a los que rara vez se asoma la narrativa de este país.

Antes de dejarle la palabra al entrevistado, creemos una obligación señalar algunos defectos y virtudes de *Ensayo general*. Hay pasajes donde falta fluidez a las frases lo que seguramente llevará a De la Torre a afinar su manejo del lenguaje en obras posteriores; no saca partido de algunas descripciones que son literalmente exprimidas por la mayoría de los escritores, como las escenas eróticas y otras donde por extremo se llega a la cursilería; la construcción de saltos "hacia atrás y hacia adelante" como diría Anderson Imbert, no es mala, pero hay secuencias que se antojan caprichosamente recortadas y otras demasiado largas y redundantes para los objetivos de la narración. Hasta ahí lo que nos parece defectuoso.

A cambio de los problemas técnicos no resueltos, Gerardo cierra la novela de modo admirable, lo que minimiza los errores de construcción. Sin embargo —volvemos a lo negativo—, el suicidio final de uno de los personajes nos parece superfluo porque ya antes había dado salidas tácitas muy superiores a esa muerte. Un mérito relevante es la manera en que Gerardo de la Torre se mantiene al margen de las consideraciones partidarias; no hay asomo de panfletismo en la obra; la novela vale por sus cualidades literarias no por las implicaciones políticas que pueda tener. Como decíamos, ahí se presenta la lucha de dos seres por realizarse, ubicarse dentro de este mundo. Y si el mundo presenta adversidades de corte social, político, no es de ninguna manera culpa del autor. Este cumple con mostrar las cosas como las ve y como las entiende... Y pasamos, ahora sí, a la entrevista.

—¿Por qué se te ocurrió escribir una novela del tipo de *Ensayo general*?

—No se me "ocurrió" escribir esa novela. Sólo tenía a la mano el movimiento obrero, los sindicatos; eran los elementos con que contaba.

—¿Por qué los tenías a la mano?

—Por los diecisiete años que he trabajado en la refinería de Azcapotzalco, por la militancia en la oposición obrera y en las luchas sindicales, las de 58-59, por ejemplo.

—¿Consideras que la tuya es una "novela obrera"?

—No es una novela obrera, sino que

pretende reflejar la condición de los obreros o de cierto sector de ellos, el de la gran industria.

—¿Está dirigida a los obreros?

—Pensé que les interesaría y confieso que ésa fue mi intención. Ahora me doy cuenta que estaba equivocado. A ellos no les interesa que se escriba o no sobre el movimiento obrero, sino seguir vendiendo su fuerza de trabajo con las mayores ventajas individuales que puedan obtener. Y digo individuales, porque no tienen el menor sentido o cohesión sindical; no tienen el más mínimo rasgo de conciencia de clase. Por tanto, si no les interesa su situación como obreros, menos, mucho menos una novela obrera. Por otra parte, un trabajador que requiere trabajar ocho o más horas pocas ganas tiene de leer cualquier cosa.

—¿Se puede aspirar a que una novela sea leída por los obreros en una sociedad donde la literatura —la cultura en general— es elitista, de clase, burguesa?

—En efecto, no. Así es la cosa, pero la han leído varios compañeros de trabajo. Les ha gustado a algunos, otros han pensado que me quedé corto porque esperaban menos literatura y más pasión, más combatividad. Por cierto, un grupo de diez o doce compañeros, con los que he realizado alguna actividad sindical, tiraron un volante donde me felicitaban por la novela y hacían un llamado a luchar contra los líderes charros.

—Volviendo a los adjetivos ¿La consideras una novela política?

—La considero una novela situada en un marco político.

—¿Crees tomar partido?

—Por supuesto. El solo hecho de decir cómo se hace un líder charro es denunciar el charrismo sindical.

—Bien, aquí ya entramos al controvertido tema del “compromiso” ¿Qué opinión tienes al respecto?

—Para el escritor el compromiso es con la literatura. Pero como el escritor es un ser humano, tiene que comportarse políticamente de algún modo y eso se refleja en sus obras.

—Por ahí dijeron que era una novela “obrero”, la que abría en México el ciclo de este —llamémosle así— subgénero.

—Soy el primero en decir que no es una novela “obrero”. Y tampoco inauguro nada. Para ejemplos, ahí están Del Paso, y *Las horas violentas* de Spota que, sin dejar de ser una porquería, es una novela sobre el medio obrero. Ahí están también las novelas de Revueltas, las primeras: *Los días terrenales*, *Muros de agua*. Su grandeza no radica en los problemas que trata sino en su enorme calidad.

—A propósito de Revueltas... ¿Por qué le dedicas la novela?

—Porque lo admiro como escritor y como militante, como combatiente. Tal vez más como lo segundo.

—Para concluir con lo referente a la novela política ¿Qué opinión tienes de ella?

—Si es buena será importante, si es mala... a la basura. La califico como buena o mala por su estructura, sus personajes, su lenguaje, etcétera. Puede ser buena si está bien hecha, sea política o no.

—Tú estabas considerado como cuentista ¿por qué llegaste a la novela?

—Hacía cuentos porque se me hacía más fácil, pero sentía la necesidad de escribir una novela. Era un desarrollo lógico, porque la visión del mundo que yo tengo no la

podía dar en un cuento sino en la novela.

—Quienes se han ocupado de ti, siempre te ubican en la generación de *la onda*.

—¿Qué es la onda?

—Si se pudiese responder con nombres yo te diría José Agustín, Parménides García Saldaña y algún otro. Pero yo soy el que pregunta. ¿Qué piensas de la onda y los onderos?

—Insisto, no sé qué es la onda, pero Agustín y Parménides hacen cosas muy interesantes.

—Me refiero a su literatura...

—¡Ah! Su literatura. No, pues también...

—Quiero preguntarte ahora sobre las influencias (lugarazo común). Pero no para que me recites cuáles son tus autores favoritos ni digas que leíste a Saint-Exupéry a los doce años; lo que puede resultar interesante es que te refieras a aquellas influencias de todo tipo que has recibido a lo largo de tu formación, de tu desarrollo, en el medio en que has vivido como escritor y como ser humano.

—En lo literario: técnica, estructura, revisión y revitalización del lenguaje. En otros sentidos, el movimiento obrero y las cuestiones políticas fueron parte importantísima de mi formación, de mi atención...

Decidimos cortar la entrevista porque en la casa de Juan Trigos, donde estábamos, Jesusluis Benítez, ese si auténtico ondero, había desatado un escándalo que hacía imposible el diálogo con Gerardo de la Torre, un escritor que sin negar méritos a gente de su generación ha decidido emprender otro camino, que seguramente no será fácil, pero que bien andado le redituará grandes satisfacciones. No lo dudamos.

